

Esta desobediencia, que perfila el carácter del hombre, fué precursora de otra gran desobediencia igualmente justificada por el bien público, que en la mitad de su carrera decidirá de su destino y del de la América en un momento supremo.

CAPÍTULO V

EL ALTO PERÚ

AÑO 1814

El problema de la revolución argentina. -- Las tres tendencias iniciales de la revolución. -- La segregación del Paraguay. -- Causas de la anarquía de la Banda Oriental. -- Etnología y geografía del Alto-Perú. -- Primera campaña de la independencia en el Alto Perú. -- Cotagaita y Suipacha. -- La derrota del Desaguadero. -- Carácter de la insurrección alto-peruana. -- La ley de las derrotas y victorias de la revolución. -- Las fronteras de la revolución argentina. -- Composición del ejército realista. -- Debilidad moral del ejército argentino. -- Planes de Pezuela. -- Los realistas ocupan á Jujuy y Salta. -- El Ejército del Norte se reconcentra en Tucumán. -- La guerra de Partidarios en el Alto Perú. -- Aparición de Arenales. -- Atrocidades de Goyeneche y Landivar. -- Represalias. -- Descripción del Alto Perú. -- Campaña de Arenales en Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra. -- Batalla de la Florida. -- Importancia de estas operaciones.

I

Al recibirse San Martín de los restos del Ejército del Norte, se encontró frente á frente del más arduo y complicado problema de la revolución argentina. Aunque su solución envolvía la unidad política de las Provincias Unidas del Río de la Plata y los destinos de la revolución americana, no había sido hasta entonces señalado siquiera á la obser-

vación. Este problema era el desenvolvimiento de su acción militar.

La revolución argentina vaciada en los moldes de las antiguas divisiones administrativas de la colonia, había surgido con una constitución territorial que le daba una personalidad nacional bien definida; pero dentro de sus lineamientos tenía ya las proyecciones de una revolución más lata y compleja. Tres tendencias marcadas caracterizaron, en consecuencia, su política militante desde sus primeros pasos. Constituir una nueva nacionalidad dentro de los límites geográficos del vireynato del Río de la Plata, fué la primera. Dilatar su acción, promoviendo la erección de nuevas nacionalidades sud-americanas, y buscar en ellas aliados naturales, era la segunda. La tercera era llevar sus armas más allá de sus fronteras, extendiendo la insurrección y remover los obstáculos que se opusiesen á su expansión. Á la tendencia nacional de integrar para la revolución todo el antiguo vireynato, respondían las expediciones militares sobre el Paraguay y Montevideo. Al propósito de constituir una nación aliada, respondían los trabajos diplomáticos y los auxilios bélicos que habían dado por resultado la insurrección de Chile y su alianza ofensiva y defensiva con las Provincias Unidas. Á la idea de la propaganda revolucionaria por las armas, respondía la guerra declarada al vireynato del Perú, el cual en sostén de los fueros soberanos de la metrópoli, negaba á las colonias hispano-americanas el derecho de darse gobiernos propios, y había sustraído las provincias del Alto Perú al dominio legal del Gobierno del Río de la Plata (1). El Ejército

(1) Bando del Virey Abascal de 13 de julio de 1810. Este documento es famoso por contener las palabras irreparables que determinaron una excisión profunda entre la América y la España. En él, hablando Abascal de los revolucionarios americanos que invocaban sus derechos municipales y el ejemplo reciente de la misma España, les llama: «Hombres destinados por la naturaleza á sólo vegetar en la oscuridad y abatimiento.»

del Norte, bajo la denominación significativa de «Auxiliador del Perú», respondía á la vez á esta triple exigencia. Su misión había sido y era incorporar las provincias del Alto Perú al sistema político y militar de las del Plata, como parte integrante del vireynato; llevar por este camino las armas triunfantes de la revolución hasta Lima, centro del poder español en Sud-América; y por último, convertir al Bajo Perú, como ya lo era Chile, en aliado de la revolución argentina.

Este vasto programa, que se diseña claramente desde los primeros días y que el tiempo ha puesto de relieve, entrañaba el arduo problema social, político y militar que sólo el tiempo debía resolver, pero que San Martín tenía que encarar por la primera vez al tomar en cuenta los antecedentes y los medios.

La expedición militar sobre el Paraguay bajo la bandera redentora, fué recibida por su población con las armas en la mano, y aunque aceptó más tarde la insurrección por su propia cuenta, rechazó la unión nacional. El Paraguay obraba lógicamente, y obedecía por instinto á su naturaleza. Miembro atrofiado del vireynato, aunque ligado geográficamente á él por el gran estuario del Plata; producto de una civilización embrionaria injertado en el tronco de una raza indígena, apenas modificada por el espíritu jesuítico, el Paraguay no tenía puntos de contacto con la sociabilidad argentina bosquejada en la cuenca del Río de la Plata. No formaba, por lo tanto, parte de su organismo rudimentario. Su resistencia, que revelaba una solución de continuidad política, determinó en el hecho una nueva nacionalidad por generación seccional. Obedeciendo siempre á la ley de la inercia, se aisló dentro de sus bosques y pantanos, se sustrajo al movimiento general y á los sacrificios comunes, y segregóse de hecho, sin encontrar dentro de sí mismo los gérmenes fecundos de la vida orgánica.

La Banda Oriental del Río de la Plata, es decir, la ciudad de Montevideo y su campaña, formaba social, política y geográficamente un nudo con la comunidad argentina. Las expediciones militares dirigidas por esta parte, fueron siempre precedidas por el alzamiento espontáneo de las poblaciones, que al enrolarse en la revolución, proclamaban la unión nacional. Pero prevaleciendo en la ciudad de Montevideo el elemento español, afirmó sobre sus muros erizados de cañones, la bandera del rey, y se hizo el centro y el baluarte de la reacción. Esta resistencia, al decapitar el movimiento Oriental, lo despojó de su carácter civil, privándole de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular, hasta entregarlo desorganizado á los instintos selváticos de las multitudes desagregadas de la campaña, emancipadas de toda ley y refractarias á toda regla. Tal fué el origen de la anarquía oriental, que exagerando el espíritu de independencia local, hizo política y militarmente ingobernable su revolución. Determinada así esta nueva solución de continuidad, la acción combinada de estas causas y las complicaciones de la política exterior, debían dar con el tiempo el mismo resultado de desagregación que en el Paraguay. Mientras tanto, el asedio de Montevideo se continuaba vigorosamente, con la ciudad defendida por un ejército y una escuadra realistas, y con la campaña oriental sublevada por su caudillo José Artigas á la espalda de los sitiadores, contra la revolución argentina y contra el rey al mismo tiempo, iniciándose así la doble guerra por la independencia y contra la anarquía interna que entrañaba la revolución en sus elementos políticos y sociales.

La propaganda revolucionaria, rechazada en el Paraguay y hostilizada en la Banda Oriental bajo la bandera unificadora del vireynato, triunfaba en Chile bajo los auspicios del derecho internacional, promoviendo allí una revolución que daba origen á una nueva nacionalidad bien diseñada. Empero, este

triunfo sólo podía ser fecundo á condición de que Chile concurrese con sus elementos contra el enemigo común, ó, por lo menos, que encontrase en sí mismo suficientes fuerzas para consolidar su movimiento. Todo presagiaba, sin embargo, que Chile sería vencido en su propio territorio.

En cuanto á las expediciones dirigidas sobre el Alto Perú, habían sido desastrosas, como ya se ha dicho. Por el espacio de cuatro años, el territorio de las cuatro provincias disputadas fué el palenque en que simultáneamente batallaron y alternativamente dominaron insurgentes y realistas. Los unos buscaban al través de ellas el camino de Lima y los otros el de Buenos Aires, para herirse mortalmente en el corazón de su poder. Al fin, los españoles habían quedado dueños del campo, y hacían pesar sobre el país conquistado la dura ley del vencedor.

Las Provincias conocidas bajo la denominación genérica de Alto Perú, constituían un mundo, una raza y un organismo aparte (2). Enclavado dentro del doble nudo que forma la cordillera de los Andes en la parte más culminante y céntrica de la América meridional, y sin comunicaciones fluviales con ninguno de los dos océanos, es un país perfectamente mediterráneo. Sus alti-planicies y sus valles comprendidos dentro de la zona intertropical, ofrecen, en razón de su elevación sobre el nivel del mar, los contrastes simultáneos del invierno perpetuo y de la primavera eterna, y en consecuencia todas las producciones del orbe para alimentar su vida interna en el orden material.

La colonización del Alto Perú era una mera continuación del sistema de la época de los Incas, complicado con el anta-

(2) Estas provincias que unidas á los territorios de Mojos y Chiquitos, forman hoy la República de Bolivia, eran la de la Plata (ó Chuquisaca), Potosí, la Paz (incluso Oruro) y Santa Cruz de la Sierra en que estaba comprendida Cochabamba, la cual formaba en 1814 una provincia separada. V: Ordenanza de Intendentes en el vireynato de Buenos Aires, de 1782, art. 1º y « Declaraciones » sobre la misma, de 1783.

gonismo de las razas. La raza europea se había afinado en seis ciudades (3) fundadas en sitios privilegiados, dando por mansión á los vencidos las punas heladas ó los valles ardientes, en que reducidos á la condición de siervos de la gleba trabajaban para sus señores en la agricultura ó en las minas. La plebe de las seis ciudades (que representaba la mayoría de su población), se componía de la raza mezclada, raza enérgica, que era el eslabón intermediario de la cadena étnica entre conquistadores y conquistados. Todo el resto del país estaba exclusivamente poblado por la raza indígena, sometida más bien que asimilada á la ley común; sujeta á pagar tributo de capitación, y despojada de todo derecho civil y hasta de toda personalidad social. Dos lenguas indígenas tradicionalmente enemigas se dividían el país, sin confundirse. El idioma de los conquistadores era ininteligible para la masa del pueblo: sólo se hablaba por la aristocracia de las ciudades. Era, por consecuencia, un organismo aparte, que si bien podía dentro de sí mismo operar su evolución por la fusión de las razas y el equilibrio de sus elementos constitutivos, apenas tenía puntos de contacto con el mundo exterior.

Geográficamente, el Alto Perú era por su estructura la continuación de la región montañosa del Bajo Perú, y etnográficamente una parte integrante de ella por la preponderancia del elemento indígena. Empero, ningún vínculo moral existía entre uno y otro. Por el contrario, físicamente desligado del sistema territorial del Río de la Plata, el Alto Perú estaba moralmente identificado con las Provincias Argentinas, á cuya impulsión y atracción obedecía, aun contrariando á veces las tendencias de su organismo propio. Esto explicará algunas aberraciones aparentes en la recíproca acción histórica de ambos países.

(3) Chuquisaca, La Paz, Potosí, Oruro, Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra.

II

Así como en la gran sublevación indígena de Tupac-Amaru, el primer grito fué dado en el Alto Perú, la primera señal del alzamiento de los criollos americanos fué dada por él en 1809 en Chuquisaca y La Paz, un año antes que en Buenos Aires, según antes se apuntó. En ambas ocasiones concurrieron fuerzas del vireynato del Río de la Plata y del Bajo Perú á sofocar estos movimientos. En el de La Paz, hecho con tendencias declaradas de independencia, uno de sus autores, hombre del pueblo, había exclamado al subir al cadalso, que el fuego que había encendido no se apagaría jamás (4), y estas palabras repercutían un año después en el Alto Perú como un grito de redención (5).

Apenas apagadas aquellas chispas precursoras del gran incendio, estalló en Buenos Aires la revolución del 25 de Mayo de 1810. Su primer objetivo militar fué el Alto Perú, término septentrional del vireynato del Río de la Plata, á fin de establecer allí la nueva autoridad, á la vez de rescatarlo del dominio del virey de Lima, que lo había declarado anexo á su gobernación para contener el contagio revolucionario. Al efecto organizó una expedición (junio de 1810), que fuese á llevar su mandato en la punta de sus bayonetas. Habiendo el ex-virey Liniers levantado en Córdoba el estandarte de la reacción, fué atacado y vencido allí por ella, quedando así pacificado todo el territorio que se extiende desde el Uruguay, el Paraná y el Plata hasta la cordillera de los Andes y sus

(4) Cortés: « Ensayo sobre la historia de Bolivia, » p. 31.

(5) Mariano Moreno. Véase « Gaceta de Buenos Aires » de 8 y 15 de noviembre de 1810, p. 365 y 373.

últimos contrafuertes por el norte. Conforme á la teoría que declaraba rebeldes á los que hicieran resistencia á la nueva autoridad nacional dentro de los límites jurisdiccionales trazados por el rey de España, en cuyo nombre gobernaba, Liniers y los cabezas de esta reacción fueron ejecutados como tales. Precedidas por el terror que esparcieron por todo el continente estas ejecuciones, las armas de la revolución avanzaron en son de guerra á reconquistar las provincias del Alto Perú, política y militarmente ocupadas por el virey del Bajo Perú.

Al tiempo de estallar la revolución de Mayo, gobernaba las provincias del Alto Perú el mariscal Nieto, anciano pusilánime que tenía por inspirador al intendente de Potosí don Francisco de Paula Sanz, de carácter enérgico, y por brazo armado al capitán de fragata, don José de Córdoba, contando con dos mil hombres de regulares tropas para sostener su actitud de resistencia contra la Junta de Buenos Aires. En su apoyo formóse por orden del virey del Perú un ejército de cuatro mil hombres á órdenes del general Goyeneche sobre la línea del Desaguadero, linde de los dos vireynatos. Tales eran las fuerzas que se concentraban en la alti-planicie andina para ahogar á la revolución argentina en su cuna.

Dominada la reacción de Córdoba encabezada por Liniers, una división de 500 hombres, á órdenes del General Antonio González Balcarce, se desprendió de la expedición, con orden de cubrir la frontera de Salta y penetrar al Alto Perú (4 de setiembre de 1810). Este fué el primer núcleo de lo que después se denominó « Ejército Auxiliador del Perú. » El jefe destinado á mandarlo, era un veterano de la escuela rutinaria, que desde los primeros años había militado contra los indios, figurando posteriormente en las guerras contra las invasiones inglesas en 1806 y 1807 y en la de la Península contra las armas napoleónicas. Aunque carecía de la inspiración guerrera, tenía la experiencia que la suplía, y sobre todo un carácter

austero y viril que se imponía. Al frente de su pequeña división con sólo dos piezas de artillería, que apenas alcanzaba á la cuarta parte de la fuerza de la vanguardia enemiga, invadió resueltamente al Alto Perú por la quebrada de Humahuaca y se internó en sus ásperos desfiladeros.

Así que las armas de la revolución se hicieron sentir en la frontera, todo el país de la alti-planicie andina se puso en conmoción. La provincia de Cochabamba fué la primera en levantarse proclamando su obediencia á la Junta popular de Buenos Aires (14 de setiembre de 1810). Su ejemplo fué seguido por la provincia de Oruro. Armados de hondas, macanas y toscos arcabuces de estaño improvisados, los revolucionarios de Cochabamba se pusieron valientemente en campaña, interceptando las comunicaciones entre la línea del Desaguadero y la de la frontera argentina. Esta insurrección, desconcertó los planes del virey del Perú, y obligó á Goyeneche á mantenerse á la expectativa, sin poder llevar sus auxilios á Nieto y Córdoba que ocupaban la primera línea amenazada por Balcarce. La vanguardia de Goyeneche, que ocupaba la ciudad de La Paz, destacó una división de 450 fusileros y 150 dragones, á órdenes del coronel Piérola, que fué completamente derrotado por mil cochabambinos en el campo de Aroma (el 14 de octubre de 1810), armados en su mayor parte de garrotes, lo que dió origen á la famosa proclama: « Valerosos cochabambinos! Ante vuestras macanas el enemigo tiembla. »

Bajo estos auspicios abrió Balcarce su campaña. Córdoba, que con la vanguardia se había situado en Tupiza, fué sorprendido por su aproximación, y se replegó á las líneas fortificadas de Cotagaita, veinte y seis kilómetros á su retaguardia, de antemano preparadas para hacer frente á la invasión. Esta posición, que obstruye el camino que conduce á las cuatro provincias alto-peruanas, tiene á su frente por el sud el río de Santiago de Cotagaita, á su espalda una áspera serranía y

está dominada en su centro por cuatro cerros que forman sistema defensivo, la que los realistas coronaron con diez piezas de artillería de pequeño calibre, dificultando sus aproches con trincheras. Es sin embargo accesible por su espalda, por donde se abre una ancha senda, y una marcha de flanco habría bastado para desalojar á sus defensores ó estrecharlos sobre el río; pero el general argentino no iba preparado para esta operación complicada, y además carecía de la fuerza suficiente para llevarla á cabo contra fuerzas muy superiores en número y en calidad. El avance había sido una imprudencia; pero una vez empeñado en el lance, decidióse á atacarla por el frente con poco más de 400 hombres, un cañón de á 8 y un obús de á 24. Situado á tiro de cañón de las fortificaciones, río de por medio, rompió el fuego de artillería, destacando algunas guerrillas laterales, pero sin la resolución de llevar un asalto. Los realistas se sostuvieron con firmeza en sus líneas, y después de cuatro horas de fuego, los argentinos fueron rechazados, y viéronse obligados á replegarse, sin más municiones que las que los soldados llevaban en las cartucheras (27 de octubre de 1810). Si en aquel momento hubiesen sido perseguidos, su destrucción era segura. Pero los enemigos intimidados, creyeron que la retirada era un ardid de guerra, y permanecieron en la inacción á la espera de un segundo ataque. Pasaron algunos días antes que el irresoluto mariscal Nieto permitiese á su segundo el coronel Córdoba salir con una división de 800 á 1,000 hombres de las mejores tropas con 4 piezas de artillería en persecución de los argentinos, y esto mismo cuando tuvo la certidumbre que iban absolutamente desprovistos de municiones.

Balcarce retrocedió en orden hasta Tupiza. Noticiado allí de que le venían refuerzos, continuó su retirada costeano la margen izquierda del río Suipacha, y al llegar á la población de este nombre, lo atravesó, situándose en el pueblo fronterizo de la margen sud denominado Nazareno. Allí se le incor-

poraron 140 hombres con dos piezas de artillería, con suficiente provisión de municiones, y decidióse á hacer frente al enemigo á la cabeza de poco más de 600 hombres. Al día siguiente (7 de noviembre de 1810) apareció la división de Córdoba sobre las alturas del norte, que coronó con sus columnas, limitándose á desprender por su frente algunas guerrillas protegidas por las acequias del río. El general argentino, que había ocultado el grueso de su fuerza, lo provocó sobre el vado con dos piezas de artillería sostenidas por 200 cazadores. Empeñado el combate de vanguardia, con calculada debilidad por parte de los patriotas, para mantener la ilusión de que carecían de municiones, Balcarce simuló una retirada. Los contrarios, envalentonados se empeñaron en su persecución, comprometiendo la reserva, y cayeron en una verdadera emboscada, que con una sola carga decidió la acción en menos de media hora. Una bandera, 150 prisioneros, 40 muertos y toda la artillería realista fueron los trofeos de esta victoria, la primera y la última de la revolución argentina en el Alto Perú.

III

El triunfo de Suipacha fué la señal de la insurrección general del Alto Perú. La Paz siguió el movimiento de Oruro y Cochabamba, y las fuerzas de estas provincias avanzaron sobre Chuquisaca y Potosí, cuyo pronunciamiento determinaron. El ejército de la revolución remontado por el entusiasmo de las poblaciones, obligó á los realistas á evacuar las cuatro provincias y á retirarse al norte del Desaguadero. Los indígenas, bendiciendo á los redentores que abolían el tributo, la mita y el servicio personal, se alistaron bajo sus banderas, y desde entonces fueron los más decididos sostenedores de la revolución. Al frente de este movimiento púsose el Dr.